

El Comunismo y la Iglesia en América Latina

Por RAUL REYNA SOLAR

ESTABA esperando con ansias la conferencia del profesor Cosío Villegas, no leída en Washington por razones conocidas. Acabo de leer la tercera parte aparecida en EXCELSIOR, y de la desilusión he pasado a la actitud del espectador defraudado por el artista o el torero.

No hay derecho para que un profesor universitario del siglo XX hable tan alegremente sobre temas y problemas, sin cuidarse de la comprobación mínima que pide la metodología. Si el profesor Cosío Villegas se hubiera resignado a dar su charla periodística en el aula universitaria, hoy nadie se ocuparía de ella. Pero él quiso tomar una actitud de dignidad ofendida, y la prensa habló, y la conferencia, como el parto de los montes, apareció en un gran diario con explicaciones y todo.

En resumidas cuentas, nada en dos platos. Que América Latina por odio a los Estados Unidos es posible que tenga el valor de adoptar el comunismo. El odio a todo lo yanqui no es de América Latina, es del profesor Cosío Villegas. La simpatía por esa cosa inocua y paradisiaca que es el comunismo soviético, es también cosa personalísima del señor profesor. ¿Habrás visto discurso más vacuo y divagación menos digna de un profesor de Universidad en viaje doctoral por el extranjero?

Pero no voy a atajar el paso a las fantasías ni a las fobias antiyanquis de Cosío Villegas. Voy a demostrarle que sus afirmaciones, en torno de la Iglesia Católica en América Latina, carecen del fundamento y seriedad que se pide como mínimo a un estudiante o pasante que conozca siquiera los títulos de la bibliografía en torno al tema que debe desarrollar.

El comunismo se topa con fuerzas conservadoras y reaccionarias en América Latina; tales son: el Ejército, la Iglesia Católica, la prensa y la gente adinerada. Hay ahí una maléfica insinuación de propaganda al poner a la Iglesia al lado del Ejército, muy de acuerdo con un jacobinismo trasnochado y que hoy sólo usan los comunistas. Y peor todavía, la Iglesia Católica, podrida por el burguesismo y por el ansia de afianzar posiciones políticas, nunca se ha preguntado si hay algo de justicia en los reclamos del indio boliviano, guatemalteco o mexicano.

Bien comprendo que es la falta de información la que le hace proferir al profesor Cosío semejante dislate. ¿Conque a la Iglesia la tiene sin cuidado en América Latina la miseria popular? ¿Ignora usted en el campo ideológico las cartas pastorales de los obispos de Chile, de Brasil, de Ecuador, de Costa Rica, de Colombia, de México, sobre la cuestión social? ¿Conoce usted el libro del padre Velázquez sobre la "Miseria de México", por ejemplo, o las obras de monseñor Miguel de Andrea de Buenos Aires, o las páginas de monseñor Franceschi, o las publicaciones sobre te-

ma social de editoriales y revistas y prensa católica en América Latina? Es una bibliografía tan abundante, que ocuparía ella sola tantas planas como las que emplea usted en su indigesta conferencia.

Pero de nada valdría la literatura si las obras no correspondieran a las ideas. Y en este campo sí queda usted, señor profesor, tan aplastado como si le pasara por encima una aplandadora. Desde México hasta la zona austral se extiende una cadena de obras sociales católicas, de beneficencia y caridad, de elevación indígena, hasta los últimos reductos de las selvas tropicales, que sólo por resabio académico o ceguera voluntaria, podría negar quien platoniza sobre situaciones sociales. Usted ha recorrido América Latina en plan académico o político o periodístico, que eso usted es quien lo sabe. Pero estoy seguro que no ha ido a la Mosquitia nicaragüense, p.e., a enterarse que las monjas yanquis, vestidas de gris, (ese color que usted detesta) gastan su juventud y exponen su vida por en-

señar el alfabeto y la higiene al negro abandonado, sujeto de leyes ideales hace un siglo, o tema demagógico de políticos logreros. Usted no ha visitado los millares de hospitales que en las provincias lejanas alivian las endemias tropicales en México y en Brasil, en Chile y el Amazonas. Mil escuelas de primeras letras sostienen los misioneros católicos en las regiones más abandonadas del Continente. En frente de todo esto, de la obra social en los campos y en las ciudades, ¿qué ha hecho el comunismo por el pueblo de América Latina? Nada, absolutamente nada. Promesas no cumplidas que ya defraudaron en 30 años al pueblo latinoamericano. Ahí tiene usted por qué ese pueblo no es comunista.

Pero dice usted con aires de profundidad doctoral que hay un formidable misterio en la historia del catolicismo latinoamericano: siendo la mayoría, con frecuencia el pueblo se va contra la Iglesia. Sea usted sincero, profesor. La historia es demasiado reciente para que vaya a cambiársela por arte de magia a los ojos del público. Ese pueblo se ha vuelto contra la Iglesia en muy contadas ocasiones, cuando una facción lo azuza, cuando la prensa y la demagogia lo envenenan y lo engañan. Pero generalmente, y ahí está la historia de América Latina para comprobarlo, quien se ha vuelto contra la Iglesia es el poder anticatólico, o sea, una minoría sectaria, envenenada ella también por ideologías exóticas o por consignas emanadas de los antros de la anarquía.

Hace pocos meses tuvo lugar un congreso rural católico para toda América Latina en Manizales. Lástima que no haya leído usted en *Time* o en *Newsweek* las palabras candentes de justicia social que pronunciaron allí el obispo de Talca, monseñor Larrain, o el obispo de Manaos, monseñor Ramos. Vea el programa de ese congreso y dígame sinceramente si a la Iglesia Católica no se le da una higa de la suerte del campesino latinoamericano.

Pero esto es de ahora. En Río de Janeiro y en La Habana ha habido dos congresos católicos de cuestión social, donde han sido tachados de bolcheviques más de un sacerdote católico, por exponer al vivo las lacras de la sociedad latinoamericana. Cuatro congresos católicos de educación han tenido lugar de 1945 acá en Bogotá, Buenos Aires, La Paz, y Río de Janeiro, y en ellos ha salido por fuerza la cuestión social, y la crítica católica ha señalado las fallas de las obras católicas, con tanto vigor y pertinencia como no la harían los peores censores y enemigos. Para alfabetizar los campos y elevar el nivel campesino, un sacerdote colombiano ha creado un sistema de escuelas radiofónicas; que ha sido adoptado y patrocinado por la UNESCO, como puede atestiguarlo el doctor Torres Bo-

det. Ella representa una verdadera revolución educacional. Y es obra clerical, para su despecho.

¿Conoció en Buenos Aires la obra de Federación de Empleadas? Pues esa obra es original de América, la creó el obispo Andrea, y no hay nada igual en pro de la clase media en el mundo. La Sociedad de San Vicente realiza obra social gigantesca y sublime. Bien sé que eso a usted no le importa gran cosa, ya piense como liberal, ya como marxista; pues la caridad es una debilidad y paño de agua tibia para el laicismo, y vicio hipócrita burgués para el materialismo histórico. Pero en México y en Lima, en Belém de Pará y en Camagüey, hay alivio para muchos dolores y lenitivo a muchas lágrimas, que están esperando hace siglos el remedio de la beneficencia pública o la redención del socorro rojo. ¿Sabe usted de la obra de cooperativas católicas en Chile, en Bolivia, en Colombia, en Nicaragua? ¿Conoce la obra social del P. Brentanno en el Brasil, la obra salesiana en Argentina, la obra sindical y proletaria en Colombia, en Costa Rica?

Podría abrumarlo todavía, profesor. Pero con esto creo que es suficiente para que usted reconozca cuán vagamente lanza sus dardos de jacobino trasnochado o de materialista histórico (eso usted lo sabrá), contra una institución tan seria como la Iglesia Católica, que no es ese club de barrio, ni ese monipodio político que todo un profesor universitario del siglo XX sigue acariciando a estas alturas.